

# Un tablao en otro mundo

La asombrosa historia de cómo  
el flamenco conquistó Japón

David López Canales

**Alianza** editorial

*Reservados todos los derechos.  
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,  
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes  
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,  
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o  
científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada  
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier  
medio, sin la preceptiva autorización.*



© David López Canales, 2020  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2020  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)  
ISBN: 978-84-1362-195-1  
Depósito legal: M. 2.074-2021  
Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

Í  
N  
D  
I  
C  
E

さ  
く  
い  
ん

|  |     |
|--|-----|
| <b>Introducción.</b> Mucho más que Chiquito...           | 11  |
| 1. El día que Pepe Habichuela conoció a Pepe Habichuela  | 23  |
| 2. Tras los pasos de Antonio Gades                       | 55  |
| 3. Qué lejos está Japón y qué bonitos son los yenes      | 77  |
| 4. ¡A ese chino no le canto!                             | 101 |
| 5. Descalza en el Corral                                 | 121 |
| 6. Maestros de maestros                                  | 137 |
| 7. Están locos estos flamencos...                        | 157 |
| 8. Sin billete de vuelta                                 | 177 |
| 9. Los japoneses ya chanelan                             | 199 |
| 10. La historia continúa. Emilio Maya en primera persona | 223 |
| <b>Créditos fotográficos</b>                             | 235 |
| <b>Agradecimientos</b>                                   | 237 |



A Zoe y Noa, para que vean que las fronteras  
solo existen en los mapas y en los pensamientos.  
Para que sepan que todas se pueden saltar.

# 歌謡スタジオ



なつみしの! ポピュラーズ...!

石川に歌にラフレーター  
ビー・マイ・ベイビー  
火堂が目にしみる  
アンジェラ・マー・ハート  
I CAN'T STOP Loving You  
アンジェラ・マロディー  
ルート 66  
この世の果てまで  
アイル・ビー・ホーム  
すてきな タイミング  
貴方の肩にはほろとくみで  
ジョニー・B グッド  
Rock Around THE Clock  
ハウンド・ドッグ  
ハート・アタック ホタル  
リエリー  
ボーイ・ハント  
君は我が魂を  
恋ひき足音・雨音  
子守唄みたいな

なつかしい...!!  
①グループ サウンズ!!

バラ色の雲 ビレヂェリス  
星 清水道夫  
亜麻色の髪の乙女 ビレヂェリス  
ブルー・ジャコウ ヨル・コメツ  
長い髪の少女 ユタカシロガタ  
ハルカシロガタ  
ザ・リコーズ  
スイング・ジャズ  
スプリング・ジャズ



Chiquito de la Calzada con Juan Santiago, de karaoke en Tokio, en los años ochenta.

I  
N  
T  
R  
O  
D  
U  
C  
C  
I  
Ó  
N

まえおき

MUCHO MÁS QUE CHIQUITO...

Durante meses, mientras trabajaba en este libro que aquí arranca, esa es la frase que más escuché cada vez que le explicaba a alguien qué estaba haciendo. Voy a contar las historias de los flamencos españoles en Japón, lo resumía, a modo de titular, para intentar sintetizar en qué andaba. E inmediatamente me decían eso. Y es verdad, llevaban razón: como Chiquito de la Calzada. Porque Gregorio Sánchez era cantaor antes que humorista en la televisión y fue uno de los flamencos que se marchó a Japón en los años setenta y ochenta para poder hacer algo del dinero que tanto necesitaba para vivir. De tablao en tablao, de venta en venta en Andalucía, cantando para el baile, él y su querida esposa Pepita no llegaban a final de mes. Gregorio había sufrido ya tantas fatigas y angustias cuando le llegó la fama en los noventa, ya mayor, que su historia parecería un mal chiste. Del barrio de La Trinidad de Málaga, de una familia muy

humilde, él se dedicaba al cante. Al cante para acompañar al baile, al cante de atrás, como se dice, porque atrás es donde se coloca el cantaor y delante el bailaor. En eso anduvo toda la vida. No era una gran cantaor pero animaba bien en los jaleos con las palmas y, sobre todo, tenía compás, mucho compás. Había bailaores que lo adoraban, como Mariquilla, de Granada, que se lo llevaba con ella siempre que podía.

Para Chiquito el mundo giraba entorno a Pepita. Por ella se alejó de ella para irse a Japón a buscarle una vida mejor. Quería ahorrar, necesitaban el dinero. Chiquito contaba que dormía allí con su dinero en la cama y con un cuchillo bajo la almohada por si intentaban robarle. También que una noche soñó que lo hacían y que tratando de defenderse se había pinchado con el filo en el dedo gordo de la mano. Quienes estuvieron con él aún recuerdan lo poco que gastaba. Podía pasarse días y días comiendo solo huevos y patatas o latas de atún y tomate, sin darse caprichos, ni comprar relojes ni transistores. Cada vez que llamaba a casa y hablaba con su esposa le contaba cuánto había ahorrado o le daba la gran noticia al anunciarle que ya tenían suficiente para la entrada de la casa. Salvo un día, en una de esas llamadas, que fue Pepita quien le dio a él una noticia, terrible: su madre había muerto. Chiquito se quedaría siempre con la herida abierta por no haber podido despedirse de ella. Con todo aquello acabaría haciendo chistes. Los chistes y bromas con los que conocimos la relación del flamenco y Japón. Como cuando decía que en Tokio para comer medio regular había que ser cinturón negro y el público se reía. Ninguno sabíamos que eso, en realidad, de chiste tenía poco y que quien no se rio entonces era él.

Uno de aquellos viajes a Japón Chiquito lo hizo al tablao El Flamenco, el más famoso de Tokio. Fue en 1982, cuando lleva-

ba ya 15 años abierto. Acompañaba al gran bailar malagueño Pepito Vargas, del barrio del Perchel, que iba como cabeza de cartel, a quien Chiquito conocía desde los años cincuenta, cuando empezó a cantarle. Masatoshi Kigoshi, el responsable del tablao, recuerda aún el tono agudo del cante de Chiquito y cómo jaleaba en el fin de fiesta cada noche por bulerías. También se acuerda de que ya tenía entonces un punto muy cómico y popular que a los japoneses les hacía gracia. Años después le contarían que aquel hombrecito al que veía siempre arrastrar los pies por el escenario del tablao había triunfado en la televisión. Pero, más allá de eso, no tuvo mayor impacto como artista en aquellas tierras. Por eso, cuando le pregunto por él, Kigoshi me contesta con otra pregunta: ¿por qué te interesa Chiquito?



Y también es verdad... ¿Por qué Chiquito? Porque Chiquito llevó el binomio flamenco y Japón a la televisión y lo hizo popular. Mejor dicho, Chiquito llevó su experiencia en Japón a cada casa, a cada salón, a cada cuarto de estar, convertida en humor. Las calles de Tokio que eran un hormiguero en el que decía que te podías perder tres días; las reverencias que hacía siempre al mismo conserje porque no lo distinguía y no se daba cuenta de que ya lo había saludado; o todos los terremotos del mundo que parecían estar metidos allí dentro por la gloria de su madre. Pero esa imagen de Chiquito, esas vivencias convertidas en chiste, ocultan, en realidad, otra historia que no conocemos. Porque Chiquito no fue el primero ni muchísimo menos el único ni tampoco el artista flamenco que más tiempo estuvo en Japón. Chiquito fue uno más. Y ni siquiera de los pioneros. Por eso me preguntaba Kigoshi que por qué Chiquito.

A Japón comenzaron a llegar los flamencos en los años sesenta. Lo hicieron primero, en giras cortas, artistas como Antonio Gades o Pilar López. Gades decía que el flamenco es un extracto de fuego y veneno. Y es verdad. Porque fue entonces cuando empezaron a inocular ese veneno en los japoneses. Aquel era otro Japón. Aquel era, directamente, otro mundo. Un país que empezaba a abrirse y a sanar las heridas de la derrota en la Segunda Guerra Mundial. Un país todavía plagado de soldados norteamericanos. Un país que inauguraría entonces, en 1964, su tren de alta velocidad, el Shinkasen. O el *chicasé*, como lo llaman los flamencos, que figuran entre los primeros extranjeros que se subieron a él cuando aún faltaba un cuarto de siglo para que España tuviera su primer AVE. De hecho, hay un dato que a mí me sorprende y fascina por encima de todos, y es el de que los flamencos llegaron a Japón antes siquiera de que las empresas japonesas lo hicieran a España. Pero todo eso no lo contaba Chiquito, ni lo cuenta solo su historia...



Este libro parte de dos viajes. El primero, mío. En el año 2016 mi amigo Juan Laguna, quien junto con Cecilia Jiménez ha creado un pequeño oasis musical único en Madrid como es el club Recoletos Jazz, se iba de viaje a Mali. Meses antes, en Recoletos Jazz, Juan había logrado reunir de nuevo, después de más de 20 años sin tocar juntos, a Josemi Carmona, de Ketama, al contrabajista Javier Colina y al músico maliense Toumani Diabaté. Los tres eran viejos conocidos desde que primero en 1988 y después en 1994 Ketama grabara dos discos con Toumani, *Songhai* y *Songhai 2*, en los que las guitarras flamencas de los Carmona, de la familia Habichuela, su flamenco de Grana-

da, se compenetraban con la *kora* del maliense de una forma tan genial como natural.

Tras aquella pequeña reunión la bola había empezado a rodar y surgió la posibilidad de que volvieran a tocar juntos. Por primera vez iban a hacerlo en Bamako, la ciudad de Toumani, y también en Dakar, y mi amigo Juan se iba con ellos para grabar un documental sobre el reencuentro. Me ofreció unirme a la expedición. Las condiciones eran que yo debía pagarme todo y que podría hacer un reportaje. La letra pequeña decía también que era un viaje caro y que probablemente, como sabía, no lograría vender el reportaje. El flamenco, desgraciadamente, no vende. Por supuesto, dije que sí. Y me fui.

Pasamos una semana en Mali y Senegal. Además de Josemi, Colina y Toumani completaban el grupo Juan Carmona, primo de Josemi y, junto a su hermano Antonio, Ray Heredia y Sorde-rita, fundador de Ketama, el percusionista Bandolero y Kiki Cortiñas como cantaor. Kiki es un gitano de Lugo —sí, sí, de Lugo— de pelo largo rizado, ojos azules y un talento inversamente proporcional a su corta estatura. Canta, compone y tiene fama de ser un formidable cocinero. Y hablo de Kiki porque quiero hablar de su maleta. Llevaba un equipaje que parecía una de esas cestas *gourmet* que se regalan por Navidad. Tenía jamón y lomo ibéricos, un aceite de oliva buenísimo de Almería, vino... Kiki se había llevado hasta las coca-colas desde España por si las de allí, decía, «estaban hechas con agua africana». Aún recuerdo —y salivo al hacerlo— el aperitivo que nos dimos uno de los días en el hotel de Bamako con sus *delicatessen* y con las que se habían llevado sus compañeros. De haber habido un inspector de la guía Michelin les da una constelación. Si se comportaban así en el año 2016, en la era de Google maps, cuando internet ha hecho el mundo más pequeño, más asequible y más

aburrido también, que ya no puede uno ni perderse, cómo sería 40 o 50 años antes cuando la diáspora flamenca trataba de conquistar Japón, un mundo del que no sabían absolutamente nada.

El segundo viaje no fue mío. El segundo es el que el guitarrista Pepe Habichuela y su mujer, Amparo del Bengala, hicieron a Japón en 1968. Un año entero trabajando en Tokio en El Flamenco. Un día, entrevistando a Pepe, en Madrid, en su casa, ambos me lo contaron de pasada. Aquel año había sido para Amparo como una condena, me confesaron. A mí se me quedó aquello dentro. Yo quería saber más de ese tiempo allí. Si a mí me había impresionado Japón cuando fui, si me había sorprendido el famoso cruce de Shibuya, donde centenares de personas atraviesan la calle a la vez en varias direcciones y ni se tocan, o la ciudad subterránea o el barrio rojo donde enloquecen los oficinistas, ¿cómo debía haber sido aquello 50 años antes, cuando ni siquiera se habían visto en el cine imágenes de Tokio? Por eso insistí a Pepe y Amparo en que quería conocer esa historia. Deseaba que me la contaran porque sabía que yo querría contarla después. Le dije a Pepe que volvería a su casa y que llevaría vino. Pepe aceptó el trato. Amparo añadió que llevara el vino... y el boli.



Japón no es el único país al que han viajado los flamencos españoles. De la misma manera que se marchaban al Lejano Oriente lo hacían también por temporadas muy largas, como veremos, a otros países. Desde Oriente Próximo a Venezuela. Pero Japón era diferente. Japón era ese otro mundo en el que apenas podían entenderse, a diferencia de en Latinoamérica. Japón era, además, El dorado, la promesa de que quien se iba ganaba mu-

cho dinero. Tantos yenes como para comprarse una casa a la vuelta, algo que en España pocos podían soñar entonces. Y así, desde los años sesenta, empezaron a viajar a Japón todos los flamencos españoles. Y todos es, literalmente, todos. Desde quienes iban a los tablaos que abrieron en Japón ya en aquella época, apenas diez años después de que lo hicieran en Madrid los primeros tablaos, como Zambra y el Corral de la Morería, hasta quienes salían en giras de tres o cuatro semanas a recorrer los teatros del país del sol naciente.

Pero Japón era diferente, sobre todo, porque allí, en esa época, con estos flamencos pioneros, fue donde empezó a extenderse el flamenco y la pasión por el flamenco como no ha sucedido en ninguna otra parte del mundo.

En el año 2004 el Real Instituto Elcano publicó un estudio sobre la imagen de España en Japón. Según el informe, los japoneses veían a España como un país tradicional, divertido y religioso. Moderno pero a la vez antiguo. Una rareza en Europa. Un lugar, además, asociado con el color rojo y con Gaudí, Picasso y el Quijote. La primera imagen relacionada allí inmediatamente con España eran los toros. Eso decían tres de cada diez entrevistados. La segunda, como respondían dos de cada diez, el flamenco. Sin embargo, esta asociación cambiaba entre hombres y mujeres. Las segundas pensaban antes en flamenco que en toros.

Bien, se puede concluir: lo esperado. El *typical spanish*. Y sí, por supuesto, así es, el *typical spanish*. Pero no es tan sencillo... En Japón el flamenco es mucho más que un tópico o un estereotipo, aunque es cierto que cada año 400.000 turistas japoneses visitan España para disfrutar, aunque sea a la carrera, saltando y bajando de autobuses casi en marcha, de espectáculos folclóricos pensados para ellos. Allí el flamenco se aprende, se

estudia y se ejecuta. Desde los adictos al cante jondo que buscan las raíces de los cantes y que, como veremos, saben más que muchos de los que se consideran aficionados en España, hasta los guitarristas y bailaores (bueno, sobre todo bailaoras) que durante décadas han aprendido y se han esforzado hasta colocar el flamenco en Japón en un nivel que muchos artistas españoles, como confiesan, ven similar ya al de España.

Y estamos hablando de flamenco y de aprender flamenco y de hacerlo con ese compás único e imposible del flamenco tan enrevesado y tan difícil de interiorizar para quien no ha nacido en una familia gitana o en una familia flamenca mecido desde la cuna a su ritmo. Muchas veces pienso que en España no se valora —y valorar no significa que tenga que gustar— el flamenco porque sencillamente no se entiende. Tienen razón los artistas cuando dicen eso tan recurrente de que si el flamenco fuese francés allí se habría cuidado, valorado y ensalzado como merece. Pero al margen de la evidente marginación que ha padecido y sufre en el sistema educativo —en el que aprendemos a *moles-tar* con una flauta de plástico y estudiamos corrientes literarias y artísticas españolas y extranjeras pero no se explica siquiera qué es el flamenco, su riqueza musical y la historia que encierra—, creo que en España no comprendemos qué es el flamenco. No sabemos qué vemos y qué escuchamos.

Pensamos, quizá, que el flamenco es un gitano con camisa de lunares que canta como le da la gana, como le sale, quejándose mucho y chillando cuanto más mejor y gesticulando como si le doliera la tripa una barbaridad. Y no sabemos que sobre ese cante se sustenta todo y que del cante brota todo. Desde la vida y la historia que narra con sus letras hasta la música y el baile que nacen para acompañarlo. Y que no, no canta como le da la gana, porque todo va afinado y a compás. Todo se ejecuta perfectamen-

te ajustado, desde el cante a las palmas, con una precisión que creo que no vemos porque no sabemos qué tenemos que ver o escuchar. Es ese compás lo que hace al flamenco tan complejo. No se trata de dar clases de sevillanas, como se puso de moda en España, o en una parte del país, para bailar en las fiestas o en las casetas de las ferias. Estamos hablando de palos, como se llama a cada estilo, y hay medio centenar de ellos, complicados como la soléa, de gracia única como la bulería o de zapateados intensos como las alegrías. Y en Japón, que cuanto más complejo resulta algo más gusta, se han preocupado por entender el flamenco, por descifrarlo, por aprenderlo y por adoptarlo hasta que, de alguna manera, lo han hecho suyo también. Y ya han pasado más de 50 años, así que de moda pasajera, como se han puesto de moda allí también los bailes hawaianos o la danza del vientre, no tiene nada.

De esa pasión, de haberla contagiado así, de haberla extendido como se ha hecho, son responsables los artistas que se fueron allí en aquella época. Como Chiquito. Sí, como Chiquito... Y como Pepe Habichuela y Amparo. Y como Manolete. Y como Tomás de Madrid. Y como Cristina Hoyos. Y como Paco de Lucía... Y como muchísimos más. Y también lo son los primeros japoneses que vinieron a España a aprender a bailar en aquellos años sesenta. Porque tanto mérito tiene el viaje de unos como el de los otros. Cuando aterrizaron en Madrid personajes como Yasuko Nagamine, Yoko Komatsubara o Shoji Kojima, cuyas historias también conoceremos, aquella era una España todavía aislada y gris y Fraga acababa de inventarse el *Spain is different* que tardaría aún en llegar a Japón.

Por eso he querido que sean ellos, sus protagonistas, quienes cuenten esta historia, la suya. Y que estén, porque ha pasado mucho tiempo ya, vivos para poder contarla es casi un milagro. He recorrido España durante meses buscando a los maestros, a

los flamencos más viejos, que recorrieron aquel Japón para que me narraran sus vivencias y sus aventuras. También a aquellos maestros pioneros japoneses, que siguen viniendo a España, como confiesan, para poder respirar. Con todos mantuve charlas de horas, entre vinos o cafés, entre letras, cantes y bailes y, sobre todo, entre baúles de la memoria desbordados de recuerdos y de vida. He viajado a Sevilla, a Triana y a Dos Hermanas, al Albaicín con vistas a la Alhambra de Granada, a Jerez de la Frontera... A todos esos rincones del mapa donde nació y creció el flamenco y donde hoy sigue manando a diario. Pero también a Ibiza para encontrar a Tomás de Madrid, a El Casar de Escalona, en Toledo, para compartir chimenea y mesa con Curro Valdepeñas, y por supuesto a Madrid, desde Tirso de Molina a Chamberí o Carabanchel, porque Madrid es tierra también de flamenco. La ciudad donde empezó a cambiar y a abrirse en los años sesenta y donde llegaban los artistas del sur a buscarse la vida y tomar la alternativa, como los toreros. La ciudad en la que salían los contratos para irse a Japón y desde donde despegabán los vuelos, con escalas, siempre con escalas, todo en el flamenco tiene escalas, de la música a la vida, hasta Tokio. Cada charla fue un viaje asombroso. También un privilegio.

En este libro no están todos los artistas que se fueron. Sería imposible e inútil intentar que así fuera porque estas páginas se convertirían en poco más que un anuario con nombres y datos. Pero sí son, como se dice, todos los que están. Y por eso he querido, también, que este no sea un libro de flamenco ni del flamenco en Japón, aunque lo parezca. Quería que fuese, y mi anhelo es haberlo conseguido, sobre todo, un libro de personas y de vidas. Tan importante me parece entender a dónde se fueron y qué les pasó como de dónde venían, con esos orígenes tan humildes, y quiénes eran. Porque solo así, me parece, conocién-

dolos a ellos, se puede conocer el flamenco que, más que un arte, es un estilo de vida. Tan rico como único. Tan especial.

Os propongo un viaje de ida y vuelta con muchas estaciones. De ciudades como Madrid o Sevilla a destinos como Tokio u Osaka. Pero con escalas en el Sacromonte, en San Miguel, en Tirso de Molina... Un viaje en el que se viven y se cruzan muchas vidas. Y un viaje en el que cambian, también para siempre, otras e incluso se salvan algunas. Las vidas de esos primeros flamencos que fueron al lejano Oriente. Las de los japoneses que vinieron a España. Las vidas de los que se instalaron definitivamente allí. Las vidas de quienes aprendieron con los españoles y las de los españoles que se hicieron maestros con los japoneses. Las de los que se reían, porque durante años lo hicieron –y mucho– de aquellos japoneses, de aquellos chinos, como los llamaban, inocentes ellos, que querían bailar. Y las vidas de aquellos que los respetaron y los admiraron por su pasión. Los que, como confesaba Paco de Lucía en uno de sus últimos viajes a Tokio, apreciaban a los japoneses porque el flamenco debe tener temperamento y ellos, aunque contenido, lo poseen. Si no fuera así, de hecho, sin esos temperamentos a uno y otro lado de dos fronteras geográficas y culturales situadas a miles de kilómetros de distancia, pero unidas por el flamenco, seguramente no podría contar esta historia. Y menos aun hacerlo a compás...



*Pepe Habichuela y su esposa Amparo del Bengala (a la derecha) en Japón en 1968 junto a Cañeta, José Salazar y Jiro.*

U い  
N ち  
O

## EL DÍA QUE PEPE HABICHUELA CONOCIÓ A PEPE HABICHUELA

Cuando se cumplieron los primeros seis meses, Amparo consiguió un calendario y empezó a tachar cada nuevo día que pasaba. Como los presos rayan palitos en las paredes de las celdas para llevar la cuenta de los plazos de sus condenas. Le quedaban aún otros seis meses por delante, medio año más todavía en aquel país. Cuando llegó la última semana ya tenía hecho el equipaje, cerrado el baúl de mimbre en el que habían llevado sus pertenencias y guardados los regalos que traían de vuelta. Fuera había dejado solo un par de pantalones para Pepe y otro para ella.

—¿Te imaginas hace 50 años, dos personas como nosotros, de apenas 20 años, en Tokio? Que cruzábamos una calle y teníamos que hacer así y así... —dice Pepe moviendo la cabeza a uno y otro lado como un girasol nervioso—. O dábamos a un botón y se abría la puerta de un taxi y nos

pensábamos que estábamos en otro mundo. ¡Es que éramos dos críos!

El día que aterrizaron en España de nuevo y volvieron a encontrarse con sus familias todo eran abrazos y preguntas. A Amparo su madre le preguntaba qué había pasado con su ropa de baile. Se había ido con doce pares de zapatos y nueve trajes para bailar. Todo lo que pudiera necesitar debía llevarlo. Allí no lo encontraría. Tres de aquellos vestidos se los había cosido, pocas semanas antes de irse, la modista Lina, en Sevilla, que empezaba a convertirse entonces en modista de flamencas pero también de realeza y aristócratas. Amparo le explicó que lo había vendido todo poco antes de volver.

—Oy, oy, oy, oy... —le decía su madre sorprendida, incapaz de articular más palabras, llevándose las manos a la cabeza.

No entendía que una japonesa pudiera querer uno de aquellos trajes y menos aún que esa japonesa fuera a ponerse a bailar flamenco. Su flamenco. A Pepe su padre le preguntaba cómo era Japón y Pepe le contaba guasón que allí el agua que salía del grifo era verde y el hombre lo miraba alucinado, pero le creía. Cómo no iba a creerlo. Japón era realmente otro mundo y en otro mundo, por qué no, el agua podía ser verde.

Había pasado un año y medio desde que se lo habían propuesto. Fue a través de los representantes Paco Rebés y Alberto Larios, que trabajaban con Antonio Gades. A Pepe se lo dijo Rebés. Le preguntó si se querían ir para Japón. Acababan de abrir un tablao en Tokio y se hacían contratos por un año. Pero quien lo gestionaba era Larios. No solo conocía el flamenco, por supuesto; también el impacto que tenía en aquel Lejano Oriente. Lo había visto ya con Antonio Gades. También sabía la admiración que el flamenco despertaba fuera de España, más allá de los Pirineos, y durante años organizó giras que llevaban

nombres como «Festival Flamenco Gitano» o «Cumbre Flamenca» en las que los principales artistas de la época, como Paco de Lucía, Camarón, Farruco o Pansequito, recorrían juntos Europa.

Pepe y Amparo lo hablaron. Un año era mucho tiempo. Pero andaban entonces los dos trabajando en Madrid en el tablao de Las Brujas, en la calle del Norte, abierto en 1960 en una casita blanca de Malasaña con aire de bodega andaluza vieja, recovecos, tinajas y carteles taurinos; Pepe ganando 500 pesetas y Amparo, 900 por noche. Era un buen dinero. Pero de Japón se podían volver, les habían dicho, con el suficiente como para comprarse una casa. Su propia casa. La casa que les permitiera independizarse, porque vivían con los suegros. Y eso es algo que en Madrid, en el tablao, no podían conseguir. Al menos tan rápido. Por eso dijeron que sí, que vale, que se irían *pa* Japón y que total, a fin de cuentas, no era la primera vez ni seguramente sería la última que harían el equipaje para irse. Y eso que esta vez, al menos, se irían con maletas. Porque cuatro años antes Pepe había llegado a Madrid a buscarse la vida sin maleta y con mucha vergüenza.



Pepe Habichuela nació en Granada en 1944. En la Cuesta de la Cava, en el Albaicín, en esas colinas de casas y cuevas encajadas que se forman en el Albaicín y el Sacromonte, desde las que se divisa majestuosa y onírica la Alhambra, y donde convivían gitanos y no gitanos. Allí fue, como cuenta él, siete minutos a la escuela, lo suficiente para aprender a leer y escribir. Y allí, en las madrugadas festivas de la infancia, con su padre, José Carmona –a quien de pequeño llamaban *habichuelita* por